

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

Circunstancias diversas me han llevado estos últimos años a fijarme con mayor atención en algo que al principio me parecía mera curiosidad. Se trata de la sorprendente relación entre algunas listas de virtudes y vicios que aprendí en mi niñez y la manera en que hoy son considerados. Me refiero a las virtudes clásicas –clasificadas ya incluso antes de Sócrates–: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y a los vicios: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza.

Se ha generalizado mucho una tesis que resumiría del siguiente modo: esas virtudes en realidad no lo son, y por ello quien intenta adquirirlas no deja de ser sospechoso, además de ingenuo, pero tienen su sustituto en ciertas habilidades que es conveniente aprender; en lo que respecta a los vicios, por el contrario, se aprecia cada vez más que lo son, pero su remedio no se busca en la ética sino por medio de la ciencia.

No se conoce la naturaleza de la prudencia, pero hay que aprender el arte del oportunismo; nadie negará en público el valor de la justicia, pero no se ve como factible y se sustituye por el equilibrio o por la habilidad legalista y forense; la fortaleza se adquiere por los méto-

dos de “aprenda sin esfuerzo” y se ejerce como retórica envolvente; la templanza deja paso a los medicamentos de efectos disuasorios y los métodos dietéticos sin esfuerzo.

En conjunto, se puede decir que el principio del resultado ha pasado a ocupar el del esfuerzo ético interior en orden a la perfección. Todas las técnicas y habilidades señaladas ofrecen el resultado apetecido, sin el inconveniente del esfuerzo ético y de los posibles fracasos “fácticos” que el comportamiento ético nunca puede evitar plenamente.

Yendo a los vicios, es ya lugar común en el mundo de la comunicación que la humildad es “condición psicológica” para el triunfo y sobre todo para su reconocimiento mediático; la ciencia económica hace tiempo que ha decretado el error de la avaricia: hay que saber invertir; en la lujuria el asunto es más complejo, pero al menos sabemos que si se violenta al prójimo el castigo será duro; nadie inteligente se encoleriza ya, pues la psicología ha mostrado que daña a la salud y además pierdes crédito en los medios políticos y de comunicación, pues es un vicio que demuestra inferioridad; la gula está implacablemente

perseguida por la dietética y rechazada por la absoluta necesidad psicosocial de “tener buena figura”; no se ha encontrado por el momento un remedio rápido para la envidia, pero la democracia tiene la permanente promesa de establecer la igualdad, en la que toda envidia fuerte desaparecerá; y puesto que la pereza es la “soberbia psicosomática”, ya que consiste en no querer servir ni realizar esfuerzo, el remedio viene dado en lo social porque el dogma de la libertad individualista evita que el desinterés por el servicio y el esfuerzo se considere una falta, y porque el sistema económico te obliga a servir y esforzarte aunque no quieras.

En conjunto, una vez más, el principio del resultado es primario, y esos vicios no lo son porque dificultan que la persona alcance la perfección, que es la finalidad propia de la ética clásica.

Y llegamos así a una nueva relación: si la mencionada ética sostenía que la perfección implicaba un “salto cualitativo”, por lo que el virtuoso era un “divino”, el principio del resultado ha conducido al “transhumanismo”: construiremos alguien más “resultón”.